

LA CRÍTICA DE LA CULTURA EN SIMMEL: UN PUNTO DE REFERENCIA PARA LA SOCIOLOGÍA DE LA INFORMACIÓN

ALEJANDRO DELGADO GÓMEZ

Georg Simmel, teórico alemán largamente olvidado cuyos textos sólo en fecha reciente comienzan a recuperarse, lleva a cabo durante el primer cuarto de siglo y en el marco de la filosofía de la vida uno de los diagnósticos más penetrantes y fructíferos de la cultura contemporánea, a la luz del cual creo que es interesante reescribir el concepto de información y el lugar que sus profesionales ocupan en el conjunto de las ciencias y de las relaciones sociales en general. Me limitaré a acotar, de manera sucinta y espero que también sugerente, la exposición del problema por parte de Simmel en sus dos textos fundamentales al respecto: *El concepto y la tragedia de la cultura* y la segunda sección del último capítulo de *Filosofía del dinero*. No obstante, deseo indicar algunas consecuencias, en mi opinión relevantes para la teoría de la información, que se siguen de las tesis sustentadas por Simmel:

1. En primer lugar, la sustitución del concepto de cultura como desarrollo e integración armónica de las potencialidades del sujeto, concepto en el que se apoya toda la evolución de la biblioteca moderna (aunque esto no podría aceptarse sin discusión ni matices), por otro que pone su acento en la formación para el rendimiento económico. Es decir, contra la tradicional visión de su trabajo por parte de los profesionales de la biblioteca, visión por lo demás fuertemente reivindicada en nuestros días en el territorio fronterizo de la animación sociocultural, la cultura ya no es un humanismo.
2. En segundo lugar, la superespecialización de las disciplinas y de sus profesionales no se resuelve mediante la apelación simple a una presunta «ciencia de la ciencia» que vendría a constituir, por una parte, el punto de confluencia de los distintos saberes, y , por otra, el código privilegiado de demarcación entre lo científicamente relevante y lo no-relevante. Antes al contrario, dicha superespecialización viene determinada

por la propia lógica de desarrollo de la cultura, y se explica, en último término, mediante el concepto de división del trabajo.

2.a Subsidiariamente, la comprensión de la actual inflación de textos científicos debe remitirse igualmente a dicha lógica de desarrollo de la cultura y a la crítica de las relaciones económicas.

2.b Por último, la teoría de la información debe dar cuenta de la irrelevancia práctica de su evolución hacia planteamientos cada vez más bizantinos y alejados de su objetivo real, y que se justifican en virtud de la mencionada lógica, externa tanto a las necesidades de los profesionales como de los usuarios de la información.

En el análisis simmeliano, el espíritu subjetivo abre vías de salida hacia el exterior mediante la creación de formas objetivas que le sirven de representación. Tales productos se integran en series determinadas por su propia lógica, pero no obtienen de ellas su valor cultural específico. Dicho valor es adquirido posteriormente, al ser asimiladas de nuevo las formas objetivas por el espíritu subjetivo, para su desarrollo:

La fórmula de la cultura era, en efecto, la siguiente: que las energías anímico-subjetivas alcanzan una forma objetiva, en lo sucesivo independiente del proceso vital creador, y ésta por su parte, es incluida de nuevo en el proceso vital subjetivo de una manera que lleva a sus portadores a la perfección redondeada de su ser central¹.

La fórmula antecedente se quiebra, sin embargo, en la cultura tardo-moderna, en un proceso tal que el producto adquiere autonomía respecto tanto del alma creadora como de aquella que ha de recibirlo:

Pero esta corriente de sujetos a sujetos a través de objetos, en la que una relación metafísica entre sujeto y objeto adquiere realidad histórica, puede perder su continuidad; el objeto, en una forma más fundamental que la hasta el momento aludida, puede salirse de su significación mediadora y, en esta medida, romper los puentes sobre los que discurra su camino cultivado².

Y en *Filosofía del dinero*, de manera algo más intuitiva:

Si se compara la época contemporánea con la de hace cien años, se puede decir —con ciertas excepciones— que las cosas que llenan y rodean objetivamente nuestra vida: aparatos, medios de circulación, pro-

¹ SIMMEL, G.: *El concepto y la tragedia de la cultura*, en *Sobre la aventura* (Barcelona: Península, 1988), p. 222.

² SIMMEL, G.: *Op. cit.*, p. 222.

ductos de la ciencia, de la técnica y del arte, están increíblemente cultivados, pero la cultura de los individuos, al menos en las clases superiores, no está igualmente avanzada e, incluso en muchos casos, hasta se encuentra en retroceso³.

La causa de dicha quiebra, como mencioné anteriormente, es, en el análisis de Simmel, de naturaleza económica, y responde al concepto de división del trabajo. En efecto, frente a una cultura en la que el sujeto se reconocía como firmante único de su obra, la cultura tardomoderna disgrega la autoría sobre los objetos entre multitud de especialistas, cada uno de los cuales se reconoce en un fragmento, pero no en el todo, quedando, pues, el objeto independizado de sus autores y entregado únicamente a su propia ley:

El tipo de estos fenómenos es, expresado absolutamente, el siguiente: por medio de la actividad de diferentes personas surge un objeto cultural que, en tanto que todo, en tanto que unidad que está ahí y que actúa específicamente, no tiene ningún productor, no ha surgido a partir de una correspondiente unidad de un sujeto anímico⁴.

Independizado de esta manera, el objeto adquiere una escala de valores propia y una lógica de desarrollo ajena a la de sus creadores y, evidentemente, también a la de sus potenciales receptores, de manera tal que, a partir de una racionalidad práctica de escala humana, y sin abandonar sus procedimientos, se configura un modelo paralelo de racionalidad sometido a una legislación autónoma:

Estos contenidos están bajo la paradoja —y, con una «cultura» creciente cada vez más— de que, ciertamente, han sido creados por sujetos y están determinados para sujetos, pero en la forma intermedia de la objetividad que adoptan más allá y más acá de estas instancias siguen una lógica evolutiva immanente y, en esta medida, se alejan tanto de su origen como de su fin. No son necesidades físicas las que entran en cuestión a este respecto, sino realmente sólo necesidades culturales que, sin duda, no pueden saltar por encima de las condicionalidades físicas. Pero lo que el producto, como tal producto del espíritu, extrae (aparentemente uno a partir del otro) es la lógica cultural del objeto, no la científico-natural. Aquí reside el funesto impulso coercitivo interno de toda «técnica» tan pronto como su perfeccionamiento la empuja fuera del alcance del uso inmediato. Así, por ejemplo, la fabricación industrial de algunas manufacturas puede recomendar la de productos co-

³ SIMMEL, Georg: *Filosofía del dinero* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1977), p. 563.

⁴ SIMMEL, G.: *El concepto...*, p. 223.

laterales para los que en realidad no se encuentra ninguna necesidad; pero la presión a utilizar completamente aquellos utillajes, una vez creados, urge a ello. La serie técnica exige desde sí completarse mediante miembros que la serie anímica, que es la auténticamente definitiva, no requiere y así surgen ofertas de mercancías que despiertan necesidades artificiales y, visto desde la cultura de los sujetos, absurdas⁵.

Algunas de las consecuencias significativas para el receptor sería la pérdida de relación íntima con el objeto, en la medida en que éste es fabricado en serie y, por tanto, válido para el término medio, o la inflación de productos hasta el extremo de que nadie puede hacerse cargo de todos ellos, con el inevitable desajuste entre cultura objetiva y cultura subjetiva. Sin embargo, quien desee conocer, más allá de los límites de esta nota, los detalles del análisis simmeliano de los efectos que para la cultura tardomoderna conlleva el importante concepto de división del trabajo habrá de remitirse al imprescindible estudio realizado en *Fisología del dinero*.

Por mi parte, subrayaré únicamente que la quiebra que he tratado de exponer está condicionada por el propio desarrollo interno de la racionalidad moderna y que es, por tanto, independiente de las voluntades de los sujetos. No quisiera, sin embargo, que se interpretara esto como una afirmación conservadora o tecnocrática al estilo Luhmann. Haré notar más bien que cualquier proyecto de retorno ha dejado de ser simple, lo cual significa que ha de pasar necesariamente por la crítica del modelo de racionalización de la sociedad occidental y de las relaciones económicas, y esto es válido tanto para la teoría de la información como para la recuperación del patrimonio, la protección del medio ambiente o, por ejemplo, la creación de un socialismo de rostro humano. Cualquier declaración de principios que ignore tales supuestos está condenada al fracaso.

⁵ SIMMEL, G.: *El concepto...*, p. 225.